

## II DOMINGO DE PASCUA "A" Y DE LA DIVINA MISERICORDIA

La escena tradicional del Evangelio de hoy, para este domingo después de Pascua en este año, para nosotros adquiere una inmediatez que probablemente no la hayamos tenido en el pasado. Ya no es una historia de un evento de "hace mucho, mucho tiempo atrás", sino que es una escena justamente afuera de nuestras experiencias. Hay tres puntos sobre los cuales me gustaría que reflexionemos juntos.

Primero, en la tarde del día de Pascua **"estando cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, por temor a los judíos"** (Jn 20: 19). Cuando nos "refugiamos en un lugar" dentro de nuestros hogares, no realmente con puertas con candados, conoceríamos el miedo de los discípulos. Nuestro temor ahora no es el ataque de otras personas, sino de un virus invisible y poderoso, una enfermedad capaz de provocar enfermedades físicas paralizantes, incluso la muerte. Es un miedo que ha puesto un bloque en nuestros corazones, encarcelados por la incertidumbre, la duda y la ansiedad. Es un temor que Satanás puede, y lo usa para tentarnos a perder la fe y la esperanza en Dios, en Jesús, en las verdades de la fe.

En segundo lugar, en la prisión externa del Cenáculo en Jerusalén, donde los discípulos se habían acurrucado de miedo, y en las temidas encerraduras de sus corazones, y como es en nosotros. Jesús viene y saluda a ellos y a nosotros: **«¡La paz esté con ustedes!»** (Jn 20: 20) La paz que trae Jesús no es una panacea mágica que elimina todas las dificultades o sufrimientos. El Jesús que viene y se para ante nosotros lleva en su cuerpo las heridas de su pasión y muerte. La paz de Jesús es el don de la misericordia. Como seres humanos, todos pecamos, fallamos y, a veces, huimos de Dios y del trabajo al que se nos ha llamado a hacer. Con la divina misericordia, el Señor nunca deja de buscarnos, llamándonos para que volvamos, y ofrecernos la paz para contrarrestar nuestros temores y darnos un perdón incondicional para limpiar nuestros pecados. La paz de Jesús es también su unión con nosotros en las pruebas, sufrimientos y, en última instancia, la muerte que experimentamos como seres humanos. El apóstol Tomás llega a tener la fe en Jesús resucitado, no por consentimiento intelectual a una lista de doctrinas, sino a través de sondear las heridas de Jesús, en un encuentro personal, y literalmente tocando a Jesús. Tomás entra en una relación con Jesús con sus propias heridas, sus propios pecados, sus propias luchas y dudas. Al igual que Tomás, Jesús nos invita a que traigamos nuestras propias heridas, dudas y temores, y así entablar una relación con él a través de sus heridas, conocer su perdón, conocer su unión con nosotros y la de nosotros con él.

Tercero. Jesús **"sopló"** sobre los discípulos "y les dijo: **«Reciban al Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan»** (Jn 20: 22,23). En estos días, por necesidad, cuando debemos practicar la "distancia social" en nuestras interacciones los unos a los otros, de usar máscaras faciales para evitar que las partículas en nuestra respiración o de otros propaguen potencialmente el coronavirus, pero Jesús se acerca y "sopla" sobre nosotros. Su aliento es un aliento que da vida. Es el aliento que Dios sopló en la arcilla de Adán y lo hizo un ser vivo. Es el aliento que escuchamos hace tres semanas sobre el profeta Ezequiel cuando sopló sobre la llanura de los

huesos secos y los hizo que vivieran de nuevo. Es la persona de Dios, el Espíritu Santo infundido sobre nosotros en el bautismo. Dios, nuestro Dios, Jesús su Hijo, es literalmente uno con nuestro aliento. ¡Así de cerca está Dios de nosotros! El Espíritu Santo es el último don de paz de Dios.

Esta acción de Jesús, en el Evangelio de hoy, va acompañada con sus palabras sobre el perdón de los pecados. La Iglesia ve en ellos la institución del Sacramento de la Penitencia con la autoridad en el nombre de Dios para absolver los pecados, que fue comisionado como un ministerio específico para los apóstoles, y a través de sus sucesores, los obispos y sus asociados, los sacerdotes. Pero también podemos ver que estas palabras son aplicadas para todos nosotros. Habiendo experimentado a Jesús entrando en nuestros corazones bloqueados; de aceptar su invitación personal a una relación a través de la fe; de recibir el don de la paz divina por la inhalación del Espíritu Santo— como los apóstoles, ahora, somos enviados a ser los agentes de la misericordia y la paz de Dios en el mundo. Un ejemplo de esto es la respuesta abrumadora dada por nuestra parroquia para ayudar a aquellos que tienen hambre debido a la pandemia del virus corona. Sus donaciones físicas de alimentos son la paz de Jesús resucitado abriendo puertas de esperanza, trayendo paz, ofreciendo misericordia a los heridos y temerosos entre nosotros. ¡Que Dios recompense y prospere estos esfuerzos!

Al entrar hoy Jesús nuevamente en nuestros corazones con sus dones de paz y perdón, damos gracias al Señor, cuyo amor es eterno.

Padre Jim Secora